

del Informe y resulte que se trate, por ejemplo, de 1968?

En segundo lugar, se acude a otro de los tópicos al uso, afirmándose que «las retribuciones por rentas del trabajo son superiores a la productividad», recurso ampliamente utilizado, pero nunca con tan poca oportunidad, ya que las estadísticas del I.N.E. muestran que las rentas salariales, durante el primer semestre de 1969, han acusado sensiblemente los efectos de la congelación parcial de los salarios, señalándose incrementos muy inferiores a los de años anteriores. Asimismo, la lenta evolución del índice de empleo, el ritmo seguido por la producción industrial (entre un 12 y un 15 por ciento de incrementos en los últimos meses) y la débil tasa de crecimiento de las inversiones en meses anteriores, muestran cómo necesariamente se han tenido que producir alzas importantes en la productividad de muchas empresas, debidas, casi exclusivamente, al factor trabajo. Difícilmente, sin embar-

go, podrá la Cámara de Comercio reconocer este hecho evidente, sobre todo cuando su desconocimiento de la situación económica le lleva a afirmar categóricamente que se advierte «un neto retroceso de la actividad empresarial privada», curiosa afirmación que, cuando mucho, sólo contribuye a acentuar el carácter superficial y acientífico del citado Informe.

Pero el estudio de las Cámaras de Comercio no se limita a ofrecer un diagnóstico de la coyuntura económica, sino que, siguiendo una vieja tradición arbitrista, propone determinadas soluciones que revelan, definitivamente, sus verdaderos propósitos, sus más profundas convicciones. Ya en las primeras páginas se apunta la creciente necesidad de aumentar los impuestos. Pero, ¿a qué clase de impuestos se refiere el Informe? No se tarda mucho tiempo en salir de dudas, ya que, sólo unas páginas más adelante, se afirma sin recato alguno: «Hemos de prevenir contra la tentación de

aumentar la presión en los impuestos directos...; propugnamos, con todas sus consecuencias, la ruta de los impuestos indirectos, de probada eficacia recaudatoria con el menor costo...», para concluir con otra curiosa y contradictoria afirmación: «Debe contenerse el exceso de la demanda, acudiendo al freno de los impuestos indirectos repercutibles». Podríamos preguntarnos: ¿es que no viene siendo ésta, precisamente, la tendencia mostrada por la evolución de los ingresos fiscales en los últimos años? Tal vez, la Cámara de Comercio, preocupada por un posible cambio, que pondría aún más de manifiesto las defectuosas estructuras sobre las que se asienta una buena parte del sector, se adelanta a evitar el peligro, proponiendo medidas que, lejos de solucionar el problema de muchos modestos comerciantes, contribuirían a agravarlos considerablemente.

Por último, no podemos dejar de silenciar ciertas expresiones, que se deslizan en el citado Informe, y que

terminan por desvelar, con toda nitidez, su verdadero trasfondo ideológico. Así, una vez expuesta la necesidad de aumentar la imposición indirecta, no se duda en señalar —también sin el más mínimo recato— que «si aceptamos la propiedad privada, la libre iniciativa, el Estado de Derecho con libertades mínimas y la economía de mercado, hay que jugar a fondo para obtener los máximos beneficios de una economía empresarial». He aquí un texto digno de merecer un lugar destacado en esa antología —aún por hacer— del conservadurismo español más recalcitrante.

En definitiva, pocos Informes Económicos se han elaborado, en los últimos años, con una ausencia semejante de rigor científico, con tan escasa objetividad y, sobre todo, con tanta fortuna como para haber pasado por un Informe crítico y demolidor de la política económica vigente. Su denuncia, por ello, resulta necesaria. ■ ARTURO LOPEZ MUÑOZ.

EL TEMA CALIENTE DE "EL TARTUFO"

No se trata de volver a repetir aquí algunos de los juicios teatrales ya formulados a raíz del estreno de la versión que ha hecho Enrique Llovet de "El Tartufo", de Molière. Interesa recoger el hecho de que las representaciones de la Comedia han constituido el detonante de una serie de reflexiones políticas, rara vez suscitadas entre nuestro público por una obra teatral. Quizá, pienso yo, porque en lugar de ser claramente una obra de "la izquierda", con las reacciones más o menos condicionadas que ello supone, se trata de una crítica cuyos fundamentos no atacan frontalmente el pensamiento burgués. En todo caso, tras dos meses y medio de llenos y polémicas, hay que admitir llanamente que el proyecto de ofrecer un Molière que interesase al gran público y que incidiese sobre la realidad sociopolítica española, ha cuajado plenamente. La representación se ha convertido en una "cuestión pública", en algo que es necesario ver y sobre lo que tendrán opinión, antes de que acabe la temporada, cuantos se interesan por el teatro, e incluso por la vida política española.

La otra noche, a través de un coloquio de más de tres horas, con la participación de centenares de personas, pude comprobar hasta qué punto "El Tartufo" ha suscitado una serie de interrogantes. Me parece secundario, y propio de la falta de experiencia en estos menesteres democráticos, que las preguntas se impregnasen a veces de un idealismo maximalista desvinculado de la realidad, o que, a menudo, saliese a flote ese oscuro "inquisitorialismo" español, según el cual lo primero que debe hacerse ante cualquier fenómeno es "preguntarse por los culpables". Lo importante, lo positivo, lo estimulante, era encontrarse entre un numeroso grupo de españoles que, públicamente, dentro de una decreciente ambigüedad, intentaban desentrañar el alcance sociopolítico de una representación teatral.

Primera duda, ya clásica: ¿cómo es posible que una obra crítica se convierta en el éxito de la temporada? Si aceptamos que el público es una representación del pensamiento rector, ¿cómo explicar el éxito de una obra concebida y más o menos conceptualizada por el público como una crítica de ese pensamiento? ¿Será que, bajo la apariencia de una crítica, todo se queda en el chiste superficial? ¿o será que los rasgos extremos de Tartufo impiden la identificación y hacen de él un "otro" para cualquier espectador? Nuevas preguntas elevaban el tema a un terreno mucho más preciso y relacionado con nuestra actual administración: ¿por qué se permite la representación de la obra? ¿Será por una voluntad democrática de aceptar la crítica o porque, dados los términos en que está planteada, se considera trivial e irrelevante? De ahí se pasaba ya al tema, un tanto abstracto, de las críticas radicales y las críticas parciales, a los viejos problemas del siempre hipotético teatro revolucionario. ¿No daría "El Tartufo" una falsa sensación de libertad, de derecho a la crítica política?

A ratos, el diálogo se hacía confuso. Se olvidaba que ningún sistema, en ningún lugar ni época, aceptó un espectáculo que pusiera o pudiera poner en peligro su supervivencia. Y, por lo tanto, que no tenía sentido exigir este tipo de compromiso, incompatible con las características del hecho teatral. El teatro, en tanto que representación escénica para un público, no tiene más que una de estas dos alternativas: o confirmar una estructura, justificando sus principios, o criticarla —incluso rechazándola—, aprovechando, en cada caso, los márgenes, más



o menos ambiguos, que esa estructura le dé; márgenes que nunca son abstractos, sino vinculados a los sucesivos momentos del proceso social y cultural. La libertad tiene siempre, en todas partes, un "límite" y sería un mentecato aquel que sostuviese que ofrece al público un teatro con el que habrá de darle la vuelta al sistema. Cada sistema tiene más márgenes y en Inglaterra, ciertamente, pueden montarse muchas cosas que no son posibles en Grecia; ahora bien, si los gobernantes ingleses considerasen que una obra ponía mínimamente en peligro su autoridad, la prohibirían. La diferencia entre Inglaterra y Grecia estaría en que la primera goza de un sistema sociopolítico más civilizado y respetuoso con la libertad individual, pero no en que esté dispuesta a dejar representar aquello que pusiese en peligro su status.

De ahí, en definitiva, la inviabilidad sustancial de lo que, en la teoría, podría definirse por teatro revolucionario. Toda representación, por el solo hecho de existir, acepta las limitaciones de su circunstancia. El problema concreto, en todo caso, estará en moverse en la frontera de las limitaciones y en procurar reducirlas. Por desconsolador que esto parezca, es un hecho fatal, en el que quizá se asienta toda la grandeza y miseria del teatro. Ese es su difícil campo de acción.

¿Nos vale "El Tartufo" de Llovet, aquí y ahora? ¿Cómo debemos interpretar su representación regular, aquí y ahora? ¿Qué determina en los espectadores españoles del 69 que se sientan en las butacas? ¿Hasta qué punto no habremos de reconocerle el mérito indiscutible de haber suscitado una polémica política? Lo importante —como decía el padre Aguirre en el coloquio al que me refería— es que no saquemos las cosas de quicio y situemos a "El Tartufo" en su verdadero plano de crítica menor, de sátira casi festiva, aunque capaz de estimular la adormecida condición política de sus hermanos espectadores.

En otro sentido, las representaciones de "El Tartufo" quizá indiquen que nuestro sistema se ha vuelto, realmente, un poco menos intransigente. ■ JOSE MONLEON.